

El espíritu de los clones

Víctor Pliego

LOS TESOROS de Tutankamón se pueden ver en Madrid en una espectacular exposición que los presenta pieza a pieza, pero también reunidos en el contexto de su descubrimiento, en un decorado que reproduce la disposición de ellos dentro de la cámara funeraria, tal como la descubrió Howard Carter en 1922. Todo resulta extraordinariamente verosímil, si no fuera porque hasta el más desprevenido puede advertir que las piezas están duplicadas al ser mostradas de dos maneras distintas. Y es que los tesoros son falsificaciones: son unas maravillosas y exactas reproducciones realizadas por artesanos egipcios.

Incluso la exposición está duplicada, pues dos montajes simultáneos recorren el mundo en estos momentos, difundiendo la egiptología y rentabilizando los costes de la producción. No es la primera vez que se emprende una iniciativa así. El Museo Circulante o Museo del Pueblo, creado en 1931 por el Patronato de las Misiones Pedagógicas, contaba con dos colecciones de copias de algunas de las grandes pinturas del Museo del Prado, que visitaban los pueblos y aldeas de España donde nunca antes se había visto nada igual. La exposición de los tesoros de Tutankamón antepone igualmente la función pedagógica al valor documental, con un museo de imitaciones. Este ardid soslaya las dificultades que supone mover los objetos originales, únicos, que son muy frágiles, muy valiosos o muy pesados. Con las reproducciones se evitan riesgos, se reducen gastos de transporte y seguros, se consigue que los tesoros lleguen más lejos y a más personas. La divulgación como espectáculo de vocación didáctica adquiere una nueva dimensión. Y si los objetos tuvieran alma, ¿acaso no la tendrían también sus clones?